

10

**EL HILO Y LAS HUELLAS.
LO VERDADERO, LO FALSO, LO FICTICIO****Carlo Ginzburg**

Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2010.

492 págs. ISBN 978-950-557-837-5

Fabiana Alonso

Cada uno de los cinco términos del título conduce a la problematización de lo que se entiende por conocimiento histórico. Los textos que componen el libro fueron publicados en un lapso de veinte años, entre 1984 y 2003, revisados y reescritos algunos de ellos para esta edición. El resultado es una compilación de quince capítulos y un apéndice que, como el autor declara, versan sobre temas heterogéneos. En parte, el libro puede ser leído como una autobiografía intelectual. Encontramos un relato en primera persona sobre la formación de Ginzburg como historiador en la Universidad de Pisa y su temprano interés, en los años 60, por el estudio de las víctimas de la persecución a la brujería.

Uno de los rasgos particulares que se le asignan a la microhistoria es el estudio intensivo del material documental. La especial dificultad que enfrentan los historiadores al abordar la cultura de las clases subalternas de un pasado remoto es que deben echar mano a fuentes escritas por grupos vinculados a la cultura dominante. Las fuentes resultan doblemente indirectas, por haber sido escritas por individuos vinculados al poder y porque las creencias e ideas que el historiador pretende reconstruir le llegan mediadas por los filtros culturales. Identificar las distorsiones operadas en la documentación es entonces una tarea básica.

A partir de su propósito de reconstruir las creencias en brujería más allá de los estereotipos inquisitoriales, Ginzburg plantea el problema de cómo considerar las actas procesales labradas por los tribunales laicos y eclesiásticos en la Baja Edad Media o en la primera Edad Moderna, y la forma de interpretar esa documentación. Los interrogatorios pueden ser vistos como registros escritos de testimonios orales y pueden compararse con libretas de notas de antropólogos, en los que los inquisidores tradujeron a su propio código creencias ajenas a su cultura. Poniendo en el centro de su preocupación reconstructiva la cuestión de la no transparencia del lenguaje, Ginzburg plantea que si bien los historiadores son conscientes de la dimensión textual de su actividad, todavía persiste una postura epistemológica ingenuamente positivista que considera que es posible conocer la realidad sin mediaciones y concibe los textos como neutrales. Valiéndose de los aportes de Jakobson y Bajtín considera los documentos inquisitoriales como textos dialógicos, en los que se da un conflicto entre varias voces en una relación asimétrica. El entramado de esos diálogos está hecho de palabras pero también de gestos y silencios (puntillosamente registrados). Los usos del lenguaje dan cuenta del enfrentamiento en la dimensión cultural.

Como declara en la introducción, citando a Walter Benjamin, se trata de leer los documentos a contrapelo, en contra de las intenciones de quienes los produjeron y, valiéndose de Marc Bloch, plantea la importancia de aislar dentro de los testimonios voluntarios un núcleo involuntario más profundo. Entre los desafíos interpretativos se cuenta el de identificar las voces no controladas que se apartan de los estereotipos de la brujería, la discrepancia entre la imagen construida por los jueces en los interrogatorios y la aportada por los imputados o la brecha, pero también la circularidad, entre cultura letrada y cultura popular, ésta última oral en su mayor parte. Asimismo, como ha demostrado en sus trabajos, el análisis intensivo de la documentación permite identificar los casos anómalos, que cobran sentido al revelarse las incoherencias de un sistema social aparentemente unificado¹.

¹ Es ampliamente conocido el planteo de Ginzburg sobre la distinción entre dos estrategias cognoscitivas: la que se propone reconstruir la norma (paradigma galileano) y la que, presuponiendo el conocimiento de la norma, pretende reconstruir las anomalías individuales (paradigma indiciario).

Su planteo sobre la microhistoria se inscribe en el debate historiográfico abierto entre fines de la década del 70 y comienzos de los años '80. Desde la posición de interlocutor crítico de la perspectiva macrohistórica representada por la escuela francesa de Annales, Ginzburg subraya la insatisfacción de los microhistoriadores italianos con el estructural funcionalismo y, aunque no se reconocieran en la historia de acontecimientos o en la historia local tampoco encontraban que el modelo macroscópico y cuantitativo de la historia serial, dominante entre 1950 y 1975, pudiera contener la orientación de sus investigaciones. Sin embargo, las diferencias con Annales no le impiden reconocer la necesidad de perseguir una conciliación entre macro y microhistoria, uno de cuyos intentos ejemplares encuentra en *La sociedad feudal* de Marc Bloch.

En el proceso de transformar el estudio del pasado en una empresa científica, se estableció la distinción entre "historia relato" –denominada *événementielle* por Annales– e "historia ciencia" –entrada en los problemas y las hipótesis construidas por el investigador–². Desde ese planteo dicotómico, la estructura discursiva del texto histórico pasó a ser vista como algo subsidiario de la investigación y subordinado a la prueba documental, sin ningún efecto en la representación de lo real.

En la visión de Ginzburg, la dicotomía entre historia problema e historia narrativa parte de un lugar común que todavía hoy identifica tácitamente el relato histórico con la forma específica de relato de las novelas naturalistas de fines del siglo XIX. La extrapolación a la historiografía de la figura del narrador omnisciente y su consecuente rechazo no dejó lugar a una reflexión sobre la dimensión narrativa. En los años '70, los planteos de Hayden White acerca de la obra histórica como artefacto literario y la no diferenciación entre historia y ficción provocaron reacciones de la comunidad historiográfica al ver cuestionado el carácter científico de la historia como investigación, pero lejos de ser un tema de discusión entre historiadores, siguió siendo una problemática reservada a los filósofos y a los analistas del lenguaje.

² La dicotomía narración/argumentación se inscribe en el debate sobre la cientificidad del conocimiento histórico. Aristóteles es quien funda la distinción. En la *Poética* distingue la poesía de la historia. Mientras la primera se refiere a lo universal, la segunda se ocupa de lo particular, distinción de la que se deriva el carácter más filosófico de la poesía. En cuanto a la argumentación, se trata de una noción atribuida al pensamiento científico. Platón, Aristóteles, Kant, prestaron atención a la naturaleza de los argumentos, a su validez o su falta de validez.

Atento a las discusiones sobre la dimensión narrativa de la historiografía, Ginzburg advierte la falta de diálogo entre filósofos e historiadores y el descuido, por parte de los últimos, de las implicancias cognitivas de los distintos tipos de relato. Desde su perspectiva, resulta imprescindible reflexionar sobre la relación entre narraciones en general y narraciones historiográficas y sobre los vínculos entre éstas y otros tipos de relato, como el cinematográfico, el literario y el jurídico.

La importancia que Ginzburg le otorga al relato se debe al convencimiento que la investigación histórica no se reduce ni coincide sólo con la comunicación de los resultados. Los problemas de prueba y demostración mantienen una relación directa con las técnicas y las formas de exposición y, ponerlos de manifiesto en la configuración misma del texto resulta del intento por superar la dicotomía entre narración y argumentación.

De ahí que los microhistoriadores incorporen al cuerpo principal del relato los procedimientos de la investigación, las limitaciones documentales y las construcciones interpretativas, lo que implica una ruptura con la forma tradicional del discurso adoptado por los historiadores para presentar la realidad como objetiva. De este modo, el propio relato da cuenta de la distancia entre el pasado y su representación que es, en definitiva, la condición de posibilidad del conocimiento histórico. Ginzburg reivindica la estrategia narrativa que hace participar al lector en los propios recorridos investigativos del historiador y en la construcción de los objetos de conocimiento, develando que lo real es siempre resultado de un análisis.

El historiador trabaja, como señalara Marc Bloch, con huellas y rastros. Su conocimiento del pasado es discontinuo y lagunoso, basado sobre una masa de fragmentos y de ruinas. Entre el trabajo preparatorio del historiador y el resultado narrativo hay un nexo. La narración no es sólo una forma ornamental independiente del trabajo historiográfico. La elección de un modo de exposición participa en la construcción del objeto y su interpretación. La microhistoria no pretende comunicar la ilusión de una realidad caduca, acepta el límite y lo transforma en desafío narrativo. El hilo del relato le otorga coherencia e inteligibilidad a la conexión de las huellas. Pero la narración no es mimética, en el sentido de reproducir simplemente los rastros, sino que se trata de reconstruir, a través de ella, una argumentación.

Contra la tendencia que, a fuerza de enfatizar la dimensión narrativa de las obras históricas, tiende a anular la distinción entre relatos fantásticos y relatos con pretensión de verdad, Ginzburg sostiene que la aceptación de la dimensión narrativa de la historiografía no implica restarle posibilidades cognitivas. En el marco de este planteo cobran sentido sus referencias críticas a la postura representada por la obra de Hayden White, para quien en el trabajo del historiador prevalece una elección estética antes que epistemológica, con lo que queda oculto cualquier posicionamiento en cuanto a lo que se erige como verdadero. Por eso, las poco satisfactorias intervenciones que, a juicio de Ginzburg, White ha tenido en ocasiones de verse interpelado en relación con el Holocausto ponen en evidencia que en sus formulaciones sobre el discurso histórico hay una peligrosa confusión entre eficacia (del texto) y verdad. Para Ginzburg, las tesis que borran la distinción entre relatos históricos y ficcionales traen aparejadas no sólo implicancias cognitivas, sino también morales y políticas.

El hilo y las huellas pretende demostrar que la discusión en torno a la equiparación entre historia y ficción se ha venido dando de una forma maniquea y simplificadora. Si se sostiene que el pasado histórico, al ser reconstruido sobre la base de textos queda atrapado en una red de textos de la que no puede escapar, se soslaya la importancia de la prueba documental y la explicación que se somete al juicio de la comunidad historiográfica. Pero a Ginzburg no le satisface completamente un planteo de ese tipo. Pretende superar una concepción ingenua de la literatura según la cual los relatos de ficción carecen de un contenido de verdad. Siendo que el problema de la verdad aparece como crítico, tematiza las relaciones entre verdad y ficción y explora el vínculo entre relatos históricos y de ficción por medio de ejemplos concretos.

Si la fe poética implica la suspensión de la incredulidad, la fe histórica puede construir la verdad sobre las ficciones, realizar operaciones sobre lo ficticio. Desde esa perspectiva lee textos de los siglos XVII y XVIII. Es interesante detenerse en el modo de leer de Ginzburg. No piensa desde las categorías literarias de autor y de obra, nunca se concentra en los textos en sí mismos, sino que los sitúa dentro de sus contextos intelectuales, de este modo puede identificar los diálogos, los préstamos e inferir lo que los autores hacían al escribirlos. No aborda los textos como expresiones de una intención autoral sino como resultado de procesos culturales. En ese sentido, resulta esclarecedora la lectura de

ciertos textos en los que su análisis pone de manifiesto los filtros culturales que, según sus propias palabras, simultáneamente, ennegrecen y hacen ver.

En ningún sentido Ginzburg relativiza la distinción entre historia y ficción, por el contrario, intenta demostrar que la ficción puede ayudar a leer críticamente las crónicas, que por sí mismas no dan cuenta de los hechos tal como sucedieron. Dado que la historia alimenta la ficción, ésta puede volverse materia de reflexión histórica. Sostiene que en las obras de los grandes novelistas del siglo XIX –Stendhal, Balzac, Tolstoi–, es posible hallar una prefiguración de algunas de las características más ostensibles de la investigación histórica de las últimas décadas, entre ellas, la ampliación de la indagación más allá de los límites de una historia político militar, la reivindicación de una historia de las mentalidades de los grupos sociales, el uso de nuevas fuentes documentales. El discurso directo libre de la los escritores es visto como potencialmente fructífero para provocar preguntas a ser respondidas por la investigación histórica.

De las intrincadas relaciones entre ficción y verdad es posible descubrir lo falso, lo no auténtico, aquello que siendo ficticio se hace pasar por verdadero. Esto presupone la realidad extratextual, internarse en ella desde los textos para ir más allá de ellos. Evocando *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch y *El gran pánico de 1789* de Georges Lefebvre, Ginzburg señala que, luego de esas obras, nadie puede calificar de inútil el estudiar acontecimientos y documentos falsos.

Sostener que la cuestión de la prueba sigue siendo central en la investigación histórica, no implica desconocer que su estatuto es modificado cuando se abordan temas nuevos, distintos a los de épocas pasadas, con documentación también diferente. La relación entre quien narra y la realidad que se pretende narrar se ha vuelto más incierta y más problemática. Si en las producciones artísticas del siglo XX es central el entramado entre realidad y ficción, entre verdades y posibilidades, la historiografía tiene que sacar partido de eso.

El hilo y las huellas es mucho más que un texto que despliega una vasta erudición. Es el resultado de la reflexión de un historiador sobre su propia obra y, al hacerlo, la pone en contexto, estableciendo un diálogo con los retos de la investigación histórica, tanto con los que provienen desde la propia disciplina como con aquellos que provienen de otros campos y la interpelan en lo que podríamos llamar su núcleo duro, esto es, al decir de Ginzburg, *el estudio de fenómenos que en cuanto tales son irreversibles en su dimensión temporal*. Es

auspicioso, además, que un historiador recoja el guante en discusiones que en la mayoría de los casos han sido patrimonio de filósofos y de críticos literarios. Y más estimulante aún, que no lo haga desde la pretensión del encierro sordo en las fronteras disciplinares.

La calidad de la intervención de Ginzburg convierte al libro en esbozo de un programa de investigación sobre algunos de los problemas críticos del conocimiento histórico: la conexión entre pruebas, verdad e historia, la relación entre documentación y realidad y la dimensión narrativa de la historiografía. Coherente con su trayectoria, Ginzburg deja en claro que en el intento de reconstrucción del pasado no es posible desatender los problemas que remiten a la argumentación y la prueba y, sobre todo, los desafíos que supone reconocer las limitaciones de los instrumentos y los procedimientos tradicionales para conocer ese pasado que se pretende reconstruir.